

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA
Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes
y Colegio de Egresados.

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Dr. Nicolás A. Avellaneda
Por la Facultad

Juan José Silva
Por el Centro de Estudiantes

Néstor B. Zelaya
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Dr. Alejandro M. Unsain
Dr. Jorge Cabral
Por la Facultad

Luis Moreno
Eugenio A. Blanco
Por los Egresados

Juan B. Courbet
Armando Luis Raggio
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR: Bernardo J. Matta

Año XI

Junio de 1923

Serie II. N.º 23

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES



Homenaje de la REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS.

Eleodoro

2

Otorgando este mi testamento ológrafo, declaro y dispongo: 1. Seré con la mayor reverencia, sea oprimido el fin de mis días, lo que recuerdo con el único objeto de ofrecer a mis hijos el ejemplo de una vida regular y modesta en que se ha cumplido siempre, sin ostentación, los deberes de hombre, de cristiano y de ciudadano. 2. No dego otros herederos que mi digna esposa Josefa Cornelia Morga de Lobos y mis hijos Marcos Luis, Maria Elisa, Pedro Antonio y Roberto Nolasco Lobos. 3. Mis bienes, adquiridos con el trabajo constante y honesto y los que trajo al matrimonio mi esposa, que constan de mis papeles. Habiendo desempeñado funciones públicas, estos documentos y en relación con los adeudos bancarios, deben considerarse a disposición de quien quiera examinarlos. 4. Nombro albaceas, por su orden, a mi esposa y a mi hermano político Dr. Carlos M. Mayer. 5. Mejoro en la parte disponible a mi esposa y a mi hija Maria Elisa. 6. Pienso que a mis herederos continuar atendiendo a mi hermano Andrés y a sus hijos en los gastos y favores

Eleodoro

Abelardo

uso en sus servicios a los hijos de mis hermanos
Isabel y Rosa; contribuir a la edificación o
sostenimiento de la capilla de La Carolina,
paraje de San Luis en que nací mi madre,
y hacer una donación a la Facultad de Ciencias
Económicas y a los Hospitales de San Luis y de San
Salina. 7. Mis restos serán conducidos al Cementerio
en la forma mas sencilla posible, sin otro acompa-
ñamiento que el de mis hijos y parientes o amigos
que se presenten espontáneamente. No se hará inveni-
ción pública. Tampoco se invitara a la misa que
se oficiara con asistencia de mis hijos, de las
personas que quisieron rogarse por el alma
de este buen cristiano y buen ciudadano. 8. Que
se documentasen los actos de mi corta vida pú-
blica. Fueron todos correctos y desinteresados. Me que-
rido mucho a mi Patria, a mi familia y a mis
amigos. El retraimiento de mi carácter, debió
privarme de la reciprocidad que merecida esos
sentimientos y a cuyo favor puede ser mas
util a mi país. En estas democracias inorgá-
nicas, ha de mirarse sin contrariedad sus
errores o sus injusticias, y contribuirse siem-
pre a su prosperación animada, tranquila la
conciencia y fijos el corazón y el pensa-
miento en el bien y en la verdad.

Puebla, Ainos, Enero 29 de 1922

Abelardo Lobos

Doctor Eleodoro Lobos

† en esta Capital el 25 Junio de 1923

Ayer no más le veíamos en un rincón de su estudio. Entre libros y papeles, lleno de vigor y ágil de espíritu. Aunque entrado en años, discurría con su habitual lucidez sobre los problemas colectivos que le preocupaban continuamente.

La muerte, que él esperaba con filosófica resignación sin cejar un momento en sus afanes cotidianos, destruiría muy pronto toda la vitalidad que aparentaba. Y al recordar este contraste, más nos impresiona y acongoja la brusca desaparición del doctor Lobos.

Le conocíamos hace algún tiempo, cuando un movimiento espontáneo de profesores y alumnos le había llevado al decanato de la Facultad. Pasábamos por ese período crítico de desorientación y desconcierto, propio de los que habiendo puesto gran empeño en llegar a la universidad, contemplan luego sus mediocres proporciones. Con el ánimo así deprimido, y turbados por el recelo de quien se acerca por vez primera a los hombres de gran prestigio, abordamos al nuevo decano. La mirada apacible, y la sencillez del gesto, desvanecieron al instante nuestros temores.

Maestro en sus lejanos tiempos de lucha, el doctor Lobos había aprendido a conocer el espíritu de los jóvenes. Sabía que ni la majestad autoritaria, ni el ceño adusto le dominaban; y ésta era una creencia arraigada en él con firmeza, como que condecía con su temperamento. Porque nuestro ex decano era un hombre sencillo, que a través de esta vida agitada, había conservado en su espíritu la bondad rebotante que en él depositara en sus albores el ambiente tranquilo de su provincia natal.

Nos descubrió en aquella ocasión, los rasgos más salientes de nuestra economía, cuyos problemas, de más en más complejos, escapaban al tratamiento que la rutina enseña. En el tono firme y persuasivo de su dialéctica paternal, supo atraer nues-

tro interés hacia aquéllos, e inculcarnos la convicción de que su estudio era obra de asiduidad y paciencia, para cuyo emprendimiento surgía un estímulo vivaz de todas las palabras de nuestro bondadoso ex decano.

La crítica que hacía de la improvisación y el hueco verbalismo, cuyos perjudiciales resultados presentaba ante nosotros con gran fuerza de expresión, daban mayor realce y poder expansivo al optimismo con que contemplaba la obra metódica de los hombres jóvenes.

Y esta esperanza en las energías juveniles, y el perseverante afán que ponía en estimularlas, eran tanto más admirables en el doctor Lobos, cuanto que escasean sobremanera en los hombres de su época; hombres aferrados a las concepciones ideológicas del pasado remoto en que viven sumergidos, indiferentes a la efervescencia de las vidas nuevas, como no sea para increparlas en sus inevitables errores, arrastrados por su aguda intolerancia. A esta lozanía de espíritu, agregábase en el doctor Lobos una extraordinaria plasticidad cerebral y un entendimiento claro y perspicaz, que le permitían seguir las actuales manifestaciones de nuestra vida social. En él combinábase su experiencia profunda y sistematizada, y el afán constante de acrecer sus conocimientos por el estudio, pues que jamás le invadió el ingenuo convencimiento, tan general en los hombres de edad, de su propia suficiencia. Así llegó al fin de la jornada, sin que la conciencia de su proximidad turbase su espíritu.

Este hombre sabio, modesto y recto, dejó las sugerencias vigorosas de su personalidad doquier actuara. Pero hay en su vida una acción fecundísima e imponderable, que si bien escapa al examen superficial de los que no le conocieron, está grabada indeleblemente en el corazón de los que recibieron sus consejos y sintieron el calor de su estímulo. Son muchos. Y si alguna vez el triunfo recompensa sus esfuerzos tenaces, al regocijo únese la emoción piadosa del recuerdo de aquel bondadoso maestro.

Estas páginas que la Revista consagra en su homenaje, guardarán también su recuerdo y el tesoro de su testamento moral, ante el que siempre podremos inclinarnos para retemplar nuestro espíritu en medio de la lucha y en el camino de la elevación humana.